

## ¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres en los años noventa?\*

CATHERINE R. STIMPSON\*\*

En Amsterdam, Holanda, hay una empresa de tarjetas postales. Tiene un nombre irónicamente utópico: Arte ilimitado. Entre sus producciones hay un fotomontaje de 1982 titulado "Sin título". El artista es Tobías Raymond. Una antigua brillante máquina de escribir de metal descansa sobre una superficie como de pizarra. Manos desconocidas han envuelto el rodillo de la máquina en un trozo de papel. Pero el papel no está en blanco. Más bien es una fotografía de una parte de la cabeza de una mujer morena de tez clara. Si se apretaran las teclas, le golpearían el lóbulo de la oreja. En inglés, un *ear/ring*: juego de palabras que juntas significan arete, pero separadas puede ser el acto de timbrar en el oído.

El fotomontaje es en parte un ejercicio formal, un estudio de perfiles y superficies. En parte, es también un desdibujamiento surrealista de categorías convencionales, de la máquina y la persona, del papel y de la imagen. Por último, la postal plantea un cierto desafío. ¿Qué vamos a hacer con su representación de "la mujer"? Por un lado, la tarjeta parece recircular viejas imágenes occidentales. Primero, hay una

\* Publicado originariamente en NAVARRO, Marysa, *¿Qué son los estudios de mujeres?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. Agradecemos a la editorial y a la autora la autorización para su publicación en esta revista.

Este trabajo está basado sobre tres ensayos publicados recientemente sobre los estudios de mujeres y la nueva producción intelectual sobre mujeres y género: "Our 'Wild Patience': Our Energetic Needs, Our Energizing Future", discurso pronunciado en la celebración del décimo aniversario del Wellesley Center for Research on Women en mayo de 1985, publicado como "Wellesley Working Paper nro. 158 (1985)", en *Women Studies in the United States: A Report to the Ford Foundation*, Nueva York, Ford Foundation, 1986; y "The Idea of Women Studies, the Ideas of Women's Studies: an Assessment", en MARCH, Tamar y JUDITH PINCH (eds.), *Interpreting the Humanities*, Princeton, N. J., Woodrow Wilson National Fellowship Foundation, 1986, 2, págs. 89-105.

Los estudios de mujeres y la nueva producción intelectual sobre mujeres se sobrepone en gran medida con la teoría feminista. Ambos campos se centran en las mujeres, y aceptan como principio básico la idea feminista de que las desigualdades de género están vivas pero no están sanas, y recogen esta idea de distintas fuentes (estudiosas, escritoras, artistas y testimonios orales). Sin embargo, los estudios de mujeres tienden a producir ideas para las instituciones, ya sean educacionales, políticas o culturales. La teoría feminista tiende a proveer abstracciones y direcciones intelectuales a un movimiento que es a la vez educativo, político y cultural. Muchas son las personas que buscan aunar estas fuerzas divergentes.

\*\* Ex Directora de Becarios de la Fundación MacArthur, ex Profesora y Decana de la Graduate School of Arts and Science de la Nueva York University, *Founding Editor* de la revista *Signs. Journal of Women in Culture and Society*.

mejilla de mujer que espera pasiva que le escriban encima, que la golpeen. Luego, la mejilla es blanca. La mujer está marcada. A continuación, la postal esconde la relación entre las mujeres y el trabajo servil, que la máquina puede significar al transformarla en una superficie elegante. Por otra parte, la máquina está esperando al/a la mecanógrafa. Si se trata de una mecanógrafa, puede empezar a escribir sobre y con el cuerpo de una mujer. Hombre o mujer, quien mecanografía puede desenrollar la imagen y comenzar de nuevo.

En pocas palabras, la postal transmite un mensaje mixto. Para mí ese mensaje mixto proporciona una doble metáfora para hacer estudios de mujeres en los años noventa. En primer lugar, los estudios de mujeres existen en una cultura donde hoy se lucha por hacer predominar diversas interpretaciones enfrentadas de "mujer". A menudo parece una lucha a muerte. Los estudios de mujeres participan apasionadamente en este conflicto. También están profundamente divididos. Van abriendo zonas problemáticas, unas tras otras. Sin embargo, nuestras divergencias están desbrozando un territorio que es lo suficientemente firme y espacioso como para ofrecer un ámbito común. Los estudios de mujeres han demostrado tener la fuerza suficiente para llegar a numerosos acuerdos amplios. ¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres en los años noventa? Sorteó tanto las fisuras como los claros. Aquí, entonces, está mi mapa.

Los estudios de mujeres y de género en el mundo contemporáneo son una vasta empresa. Como ha dicho Adrienne Rich, hay salvajes y pacientes a la vez: salvajes en sus ambiciones, pacientes en la manera en cómo han llevado a cabo esas ambiciones. Someramente definido, los estudios de mujeres conforman un movimiento transdisciplinario e interdisciplinario, intelectual y educativo, que viene alterando de manera irreversible lo que sabemos, lo que creemos saber y la manera cómo pensamos. Hace dos decenios este movimiento era un anexo mínimo en las ciudades educativas. En todo Estados Unidos, desde 1969 a 1970, había menos de veinte cursos de estudios de mujeres. Si el crecimiento del estudio de mujeres y de género hubiera sido medido como si se tratara de una economía en desarrollo, hubiera sido llamado un "milagro". Soy lo suficientemente norteamericana como para festejar el crecimiento, al menos en algunas industrias. Hoy por hoy, los estudios de mujeres y de género cuentan con casi 30 mil cursos, más de quinientos programas con títulos y por lo menos cincuenta centros de investigación. La creación de revistas ha cedido paso a la edición de series de libros sobre mujeres y género. Entre 1969 y 1978 los artículos sobre mujeres en *Sociological Abstracts* pasaron de menos de cincuenta a más de cuatrocientos cincuenta. El número sobre los hombres como grupo pasó de menos de cincuenta a unos trescientos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Para una descripción de programas, véase "Insert, Directory of Women's Studies Programs. 1985 Edition", en *Perspectives. Newsletter of National Women's Association*, primavera de 1986, vol. 4, nro. 2. Las cifras sociológicas provienen de CORRIGAN, Tim, Bob CONNELL y John LEE, "Toward a New Sociology of Masculinity", en *Theory and Society*, vol. 14, septiembre de 1985, pág. 557.

## I. LA NECESIDAD DE OPOSICIÓN

Los antecedentes de los estudios de mujeres se remontan a antes de los años sesenta. Acaso estén presentes en las primeras voces que plantearon no solamente que la experiencia de las mujeres era algo digno de ser considerado seriamente, sino que la perspectiva de mujeres era apropiada para observar el mundo con seriedad. En Occidente, una fundadora fue Cristine de Pisan (1364-1430?). Vigorosa participante del furioso debate sobre las mujeres, la *querelle des femmes* (la querrela de las mujeres) defendió el derecho de su sexo a ser letrado, erudito y culto y su capacidad para las letras, el aprendizaje y la cultura.<sup>2</sup>

Como el discurso de Cristine, el de los estudios de mujeres empieza en oposición. Antes de generar sus propios datos e ideas, tiene que negar primero las teorías y prácticas, ideologías e instrumentos dominantes. Al hacerlo, los estudios de mujeres refutan el carácter predominante del conocimiento: su *ethos*, sus instituciones y sus paradigmas. Todo desafío a un paradigma predominante entraña dos actividades que se refuerzan mutuamente. La primera desmitifica el paradigma; la segunda demuestra cuánto de la realidad que el paradigma había prometido explicar yace fuera de sus fronteras. En el estudio de mujeres y religión, por ejemplo, las estudiosas han cuestionado la historia cristiana antigua tradicional y han revelado la presencia de datos, como la figura de una Diosa Madre, que la historia del cristianismo antiguo había borrado.<sup>3</sup> A mediados y fines del siglo XX, en Estados Unidos, el desafío a las estructuras del conocimiento ha significado sospechar de casi todo: del conductismo tradicional y del psicoanálisis, del marxismo y el funcionalismo, de un humanismo que subsume a todos bajo la rúbrica universal de un "él" blanco y macho, y de las pretensiones de objetividad de la mirada de ese "él" blanco y macho.

## II. DE LA OPOSICIÓN A LA RECREACIÓN

Algunos discursos se contentan con oponerse, otros desean reemplazar las ideologías y estructuras que denuncian. Éste ha sido el caso de los estudios de mujeres. Desde 1969 vienen diciendo, persistente e insistentemente, que el cambio era preciso, deseable y posible.<sup>4</sup> Los llamados al cambio nunca han tenido la disciplina cordial de

2 Para mayores detalles, véase KELLY, Joan, "Early Feminist Theory and the Querelle des Femmes", en *Women, History, and Theory*, Chicago, IL, University of Chicago Press, 1984, págs. 65-109.

3 Entre los ejemplos influyentes de este tipo de trabajo a principios de los setenta véase PAGELS, Elaine H., "What Became of God the Mother. Conflicting Images of God in Early Christianity", publicado en 1976, reimpreso en ABEL, Elizabeth y Emily K. ABEL (eds.), *The Signs Reader: Women, Gender, and Scholarship*, Chicago, IL, University of Chicago Press, 1983, págs. 97-107; y los ensayos en RADFORD REUTHER, Rosemary (ed.), *Religion and Sexism: Images of Women in the Jewish and Christian Traditions*, Nueva York, Simon and Schuster, 1974.

4 HOWE, Florence, *Myths of Coeducation* (Bloomington, Indiana University Press, 1984) es una colección de ensayos que rastrean el desarrollo de los estudios de la mujer

los coros, ni las apretadas armonías de los cuartetos líricos. Más bien se ha tratado de una serie de improvisaciones y piezas establecidas, tanto para solos como para conjuntos. Los han unificado, por lo menos, tres temas dominantes.

Primero, los estudios de mujeres han buscado una determinada ética (buscado en inglés es *sought*, una forma verbal que combina las palabras *see* [ver] y *ought* [deber], visión e imperativo moral). Esta ética valora la libertad, el autoempoderamiento y la igualdad moral de todos aquellos y aquellas que buscan la educación y de aquellos y aquellas que la ofrecen. Los estudios de mujeres han prometido que esa ética reforzará la educación, en lugar de hacerla añicos.<sup>5</sup> En términos generales, los estudios de mujeres siempre han tenido preocupaciones éticas, incluso pasiones éticas. Para la mayoría de quienes hacen estudios de mujeres, que un niño de cada cuatro viva en la pobreza en Estados Unidos no es sólo un dato: es un dato inmoral.

Implícita en la ética de libertad, autoempoderamiento e igualdad, fe liberal en la persona, hay una creencia adicional: que cada una de nosotras puede dar testimonio privilegiado de nuestra propia experiencia. Empezamos por nuestras propias percepciones e historias a medida que vamos construyendo un sentido maduro de la realidad. Somos participantes activas en el proceso de construcción de un sentido maduro de la realidad y no recipientes pasivas de verdades superiores que nos vienen de lo más alto. Este proceso nos asegura lo que nos corresponde.

Segundo, los estudios de mujeres han buscado alterar las instituciones, de manera que encarnen esa ética. Les hemos pedido de manera reiterada que actúen afirmativamente. Esto quiere decir, por ejemplo, que se incremente el número de mujeres en la academia y se las trate como deben ser tratadas todas las personas que trabajan en ámbitos académicos, con justicia y dignidad. Cada vez son más las mujeres que obtienen títulos de educación superior. En 1986, los *colleges* y universidades norteamericanos concedieron 1.383.953 títulos de bachiller, *master*, doctorado y títulos profesionales (por desgracia la iniciativa de retirar los antipáticos marcadores de género del idioma inglés –o del castellano– aún no han afectado los grados académicos). Las mujeres obtuvieron el 50,3% de los bachilleratos y el 50,3% de las maestrías. Los hombres obtuvieron 49.261 títulos profesionales superiores, pero las mujeres 24.649. Cada vez son más las mujeres que obtienen el doctorado, la credencial necesaria para ingresar a un cuerpo docente universitario. Entre 1974 y 1984 el número de mujeres con doctorado pegó un salto del 65% y pasó de 6.453 a 10.660. En 1986, 11.834 mujeres recibieron doctorados. Permítanme ofrecer un sueño de una profesora asociada de estudios clásicos en una universidad privada sureña.

desde la perspectiva de una de sus pioneras. Véase, también, mi ensayo "Womens as Knowers", en FOWLKES, Diana L. y Charlotte S. McCLURE (eds.), *Feminist Visions: Toward a Transformation of Liberal Arts Curriculum*, Alabama, University of Alabama Press, 1984, págs. 15-24.

<sup>5</sup> FRISCHE, Joann M., *Excellence and Equity: The Scholarship on Women as a Catalyst for Change in the University*, Orono, ME, University of Maine at Orono, 1985). Es un excelente manual acerca de cómo lograr cambios institucionales.

Luego de casi diez años de trabajo terminó su libro sobre Virgilio. Para comprender esa épica latina, utilizó un texto filosófico, *La condición humana*. Cierta noche, luego de acostar a sus niños, se durmió y tuvo un sueño. Estaba de compras. Vio un vestido de marca, en rebaja, por solamente 46,52 dólares. El diseñador no era ni Calvin Klein, ni Karriali, ni Kenzo, sino Hannah Arendt.<sup>6</sup>

Pero tampoco quiero desgranar ingenuamente tonadas optimistas sobre cielos azules y pajaritos del mismo color. A fines de los años setenta hablé de la "galvanizante marginación" de las mujeres en las universidades. Aunque tenían extraordinarias energías, todavía no ocupaban un espacio central. Aún no he abandonado la frase. Transformar un doctorado en un cargo docente de carácter permanente sigue siendo una tarea ardua: el 71% de los hombres tiene el cargo en permanencia, mientras sólo lo tienen el 49% de las mujeres. En 1987, la American Association of University Professors (Asociación Norteamericana de Profesores Universitarios) lamentó tener que informar que la proporción de cargos que no conducen a la contratación definitiva está aumentando y que es más probable que esos cargos estén ocupados por mujeres que por hombres. El 81% de las mujeres docentes están en cargos que llevan a la permanencia, frente al 93% de los hombres. En términos generales, las mujeres siguen sin poder en el ámbito académico. Hoy en día solamente una universidad estatal está presidida por una mujer y ninguna de las viejas universidades de la Ivy League tiene presidenta. Las mujeres siguen padeciendo una aguda falta de guarderías infantiles, licencias por maternidad desiguales y hostigamiento sexual. Probablemente las mujeres dedicadas a los estudios de mujeres sufren más agudamente la discriminación laboral que las dedicadas a "temas convencionales" si bien el problema es menos intenso que en el pasado. La socióloga Nancy Shaw tuvo que abrirle juicio a la Universidad de California en Santa Cruz. La profesora de estudios religiosos Diana Paul tuvo que hacerle un juicio a la Universidad de Stanford y lo mismo le sucedió a la historiadora Estelle Freedman.<sup>7</sup>

6 Véase "Facts in Brief", en *Higher Education and National Affairs*, 2/10/1987, nro. 3; Council of Graduate Schools/Graduate Record Examination Board, *CGS/GRE Annual Survey of Graduate Enrollment, 1986 Report*, Princeton, NJ, Educational Testing Service, diciembre de 1987. La profesora asociada es Susan Wiltshire; la universidad es Vanderbilt. Wiltshire contó su sueño, con buen humor, en un simposio sobre estudios de la mujer en Vanderbilt el 20 de abril de 1985.

7 "The Annual Report on the Economic Status of Profession 1986-87", en *Academe*, edición especial, marzo-abril, 1987, 73 (2), pág. 6. L'ANOUÉ, George R. y Barbara A. LEE, *Academics in Court: The Consequences of Faculty Discrimination Litigation* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1987) proporciona un utilísimo examen de algunos ejemplos notables de casos judiciales feministas. Para un recuento acerca de los casos Shaw y Paul, véase MACMILLEN, Liz, "Legal Experts Eye Two Sex-Bias Lawsuits Brought by Women's Studies Scholars", en *Chronicle of Higher Education*, 29/04/1986, págs. 23-25. "Sex Discrimination in Academe", en KAHN, Ethel D. y Lillian ROBBINS (eds.), *Journal of Social Issues*, 1985, vol. 41, nro. 4. Es un sólido examen reciente. "Woman Who Was Denied Tenure Gets \$278.000 Jury Award" de LIZ MACMILLEN (en *Chronicle of Higher Education*, 23/07/1986, págs. 19-20) relata el caso del nombramiento que consiguió Kathryn Gutzwiller. Véase también "Facts in Brief", en *Higher Education and National Affairs*, 22/09/1986, pág. 3; ROHTER, Larry, "Women Gain Degrees but not Tenure",

## ¿QUÉ ESTOY HACIENDO CUANDO HAGO ESTUDIOS DE MUJERES EN LOS AÑOS NOVENTA?

CATHARINE R. STIMPSON

A la vez, hemos aceptado la premisa de que la mejor manera de trabajar por el cambio es mediante instituciones propias en las que el interés de las mujeres sea primordial. Pueden ser instituciones libres, como las universidades de mujeres o los refugios para mujeres golpeadas. Pero también pueden ser espacios dentro de estructuras más amplias, como los programas de estudios de mujeres. La nueva producción académica sobre mujeres ha fortalecido esta convicción, pues las investigaciones parecen sugerir que algunas instituciones femeninas de cierto tipo resultan imperativas si la Historia va a marchar, deslizarse o luchar en dirección de la igualdad de género. En una palabra, los estudios de mujeres han precisado el equivalente educativo tanto del proceso de fisión por el cual han creado sus propios espacios, como también de un proceso de fusión por el cual han incorporado a otros espacios. Los dos procesos tienen virtudes complementarias, no competitivas.

Tercero, los estudios de mujeres han buscado transformar la conciencia: la de los seres humanos y la de las instituciones. Esto ha significado algo más que alusiones ocasionales a mujeres específicas, como la reina Isabel I o Abigail Adams, o a las mujeres como grupo, fueran éstas de elite o nuestras Madres Fundadoras. Ha significado una conciencia constante, seria y creciente de juegos de problemas y de ideas sobre mujeres.

Hoy estas ideas se vienen dando a través de tres formas principales. Los estudios de mujeres y género han desarrollado tres modelos de presencia, tres maneras de existir en nuestras instituciones de conciencia. La primera es el programa de estudios de mujeres, conscientemente interdisciplinario en la teoría y en la práctica. Estos programas tienen diversos nombres, cada uno con sus propias connotaciones: estudios feministas, estudios de roles sexuales y, cada vez más, estudios de género. Sin embargo, "estudio de mujeres" es el denominador común.

El segundo modelo de presencia, más enfocado, toma el tema de mujeres y género dentro de una disciplina académica específica. Puede, por ejemplo, explorar a las mujeres en la historia alemana, o a las novelistas negras, ambos temas de enorme interés. Dada la estructura de retribuciones de la educación superior controlada por las disciplinas, es probable que este segundo modelo haya prosperado más que la interdisciplinariedad de los propios "estudios de mujeres". A este segundo modelo le va mejor en los terrenos de trabajo de posgrado y de pregrado. Los programas graduados son un cancerbero demasiado importante para las profesiones académicas como para que suelten fácilmente sus tesoros a las impetuosas académicas feministas.

*New York Times*, 04/01/1987: E-9, un recuento autobiográfico de una estudiosa feminista que abandonó la academia hace unos años, STEMPER MUMFORD, Laura, "The Painful Process of Letting Go", en *Chronicle of Higher Education*, 19/10/1986, pág. 104. "Learning About Women: Gender, Politics, and Power", en CONWAY, Jill, Susan C. BOURQUE y Joan W. SCOTT (eds.), *Daedalus*, otoño 1987, vol. 116, nro. 4. Tiene varios excelentes artículos sobre las experiencias contradictorias de mujeres en la educación y la vida intelectual y profesional.

El tercer modelo de presencia es *mainstreaming* (integración) a la corriente central académica, una metáfora problemática para una actividad vital iniciada a mediados de los años setenta. "Integrar" supone introducir la nueva producción académica sobre mujeres y género en los planes de estudio a todo nivel. La escritora negra Zora Neale Hurston, pertenece a los programas de estudios afronorteamericanos, a los programas de estudios de mujeres y a los cursos de literatura norteamericana. En la década pasada los esfuerzos de "integración" han recibido su mejor bienvenida en las humanidades y en las ciencias sociales, en grandes cursos introductorios como los de "civilización occidental", con otros programas curriculares correctivos como los dedicados a la gente de color y en instituciones con un liderazgo fuerte que apoya de manera sistemática el desarrollo de su cuerpo docente.<sup>8</sup>

Hacia 1987 habían ingresado al pensamiento contemporáneo por lo menos seis grupos de problemas e ideas en el campo de mujeres y género. Blasfemias que en el pasado ya eran banalidades. Permítanme enumerarlos.

1. La necesidad de distinguir el sexo, una condición biológica, del género, una construcción social. Al igual que el hombre, la mujer no nace, se hace. Sin embargo, la teoría posmoderna nos pone en guardia contra el pensamiento de oposiciones binarias, contra el hábito de dividir un mundo complicado en la dualidad polarizada de "sexo" y "género", equivalente a "naturaleza" y "cultura".
2. La perniciosa existencia de la estratificación y discriminación de género, documentada por la economía, entre otras disciplinas. Sin embargo, esta generalización debe ser modificada. En primer lugar, no todas las mujeres han sido totalmente privadas de poder. De hecho, algunas mujeres, como Hedda Nussbaum en su "relación" con Joel Steinberg, y grupos enteros de mujeres, a menudo han sido simultáneamente poderosas y desvalidas, victimarias y víctimas, dominantes y dominadas. Hubo mujeres blancas propietarias de esclavos y esclavas a quienes maltrataban. Como muestra Claudia Koonz en *Mothers in the Fatherland* (1987), las mujeres nazis maniobraban, pisaban fuerte y asesinaban. Hay algunas sociedades, como es el caso de algunas tribus nativas norteamericanas, que parecen creer en las diferencias de género y en las equivalencias de género al mismo tiempo. Aparentemente perciben a hombres y

<sup>8</sup> La bibliografía acerca de la "integración" a la corriente central está aumentando. Véase SCHUSTER, Marilyn y Susan VAN DYNE, *Women's Place in Academy*, Totowa, NJ, Rowman and Allenheld, 1985; DUBOIS, Ellen Carol, Gail Paradise KELLY, Elizabeth LAPOVSKY KENNEDY, Carolyn W. KORSMEYER y Liflian S. ROBINSON, *Feminist Scholarship*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1985; "Reconstructing the Academy", en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, edición especial, invierno 1987, vol. 12, nro. 2; WRIGHT, Janet E. y Margaret A. TALBURT, *Including Women in the Curriculum: A report of the Ford Foundation On the Current State of Knowledge About the Impact of Curriculum Integration Projects*, Formative Evaluation Research Associates, 218 North Fourth Avenue, Ann Arbor, Mi, 48104, agosto de 1987; BURNBAUER, Lauren D. (ed.), *References from the Speakers' Lectures. The New Jersey Project Integrating Gender, Race, and Class*, The Summer Institute, 7-19/07/1987, New Brunswick, NJ, Rutgers University-Institute for Research on Women, 1987.

mujeres como si fueran diferentes. Sin embargo, cada sexo tiene poderes y capacidades igualmente valiosos.

3. La estratificación y la discriminación de género han creado representaciones distorsionadas y distorsionantes de hombres, de mujeres y del género. En 1970 *Sexual Politics*, de Kate Millett, reveló esta percepción a un amplio público. Si bien las mujeres han sido parte del proceso de distorsión ideológica, ellas son más proclives que los hombres a ver la brecha que separa representaciones de realidades. En términos generales, los fuertes son más ciegos que los débiles frente a los yerros de la ideología. A pesar de haber sido mal representadas, las mujeres han creado sus propias tradiciones culturales, trátase de la novela o del *quilt* (las telas hechas con parches), en las que a menudo intentan representar sus experiencias para ellas mismas.
4. La importancia de percibir las conexiones dinámicas entre los mundos de lo público y de lo doméstico, de la esfera productiva y la reproductiva, de la razón y el sentimiento, relaciones que el pensamiento feminista marxista ha ido rastreando escrupulosamente.
5. La complejidad de las causas, la naturaleza y el grado de la diferencia sexual.
6. Las profundas diferencias entre las propias mujeres. Mi abuela materna, por ejemplo, a los doce años fue empleada doméstica de una familia de granjeros. Yo, obviamente, no lo he sido; estaba en séptimo grado, montaba en bicicleta, leía libros y estaba enloquecida con Hollywood. Hoy en los Estados Unidos el estudio de las diferencias se ha concentrado en aquellas creadas por la raza, la clase y el género.<sup>9</sup> Sin embargo, el estudio de las diferencias puede y debe ser aún más amplio, pues también la nacionalidad y la tribu, la edad y la religión, las experiencias de la colonización y la neocolonización, crean distinciones entre mujeres que nosotras debemos comprender y, a veces, intentar borrar.

Por diversas razones, entre las que está la pura dificultad de la tarea, los estudios de mujeres todavía no saben cómo enfrentar las diferencias sociales entre mujeres o,

<sup>9</sup> Para una descripción de los errores intelectuales que resultan de la omisión de mujeres de color en los estudios de mujeres, véase BACA ZINN, Maxine, Lynn Weber CANNON, Elizabeth HIGGINBOTHAM y Bonnie THORNTON DILL, "The Costs of Exclusionary Practices in Women's Studies", en *Signs*, invierno, 1986, 11(2), págs. 290-303. Entre los primeros análisis de este tipo véase LEWIS, Dinae K., "A Response To Inequality: Black Women, Racism, and Sexism", reimpresso en *The Signs Reader*: 169-191. Las mujeres de color han mostrado el terrible error que el feminismo comete cuando las ignora y las excluye. Véase, por ejemplo, HOOKS, Bell, *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism* (Boston, MA: South End Press, 1981), esp. 119-196; JOSEPH, Gloria I. y Jill LEWIS, *Common Differences: Conflicts in Black and White Feminist Perspectives* (Garden City, NY: Doubleday Anchor Book, 1981); y GIDDINGS, Paula, *Wen and Where I Enter: The Impact of Black Women on Race and Sex in America* (Nueva York: Bantam, 1985; originalmente publicado en 1984), esp. 299-237. El periódico australiano, *Australian Feminist Studies*, editado en el Research Centre for Women's Studies, Universidad de Adelaide, G.P.O. Box 498, Adelaide, South Australia, 5001, establece de manera ejemplar un balance de los conceptos comunes a los estudios de mujeres en diversos países y un análisis particular para cada país.



en el pequeño panorama del yo, las diferencias entre el yo y muchos otros, algunos más poderosos que otros. Mis propias respuestas al caso de Baby M., mis sospechas iniciales sobre su madre, Mary Beth Whitehead, me enseñaron, una vez más, cuánto cojeo cuando me desplazo fuera de mi clase.

Sin embargo, creo que también podemos habitar el problema del estudio de las diferencias entre mujeres de manera tal que nuestras experiencias de pensamiento y prácticas sociales puedan servir para estudiar las diferencias entre todas las personas. De hecho, he llamado *ellaterogeneidad\** (*heterogeneity*) al uso de los estudios de mujeres como medio para aprehender y vivir con las diferencias humanas. Los estudios de mujeres representan una visión, un análisis y una práctica "ellaterogénea". Reconocer la diversidad y aborrecer el error que la borra son necesidades en sí y de por sí. Además, son un valor enriquecedor que toda la educación en Estados Unidos debe imitar. Como todo el mundo ya debería saber, el estudiantado norteamericano es cada vez más diverso. Para 1990 el grupo que llamamos "minorías" representará el 30% de la juventud del país. Serán el 45% del estudiantado graduado de las escuelas secundarias en Texas y California, el 32% en Nueva York y el 28% en Nueva Jersey. Merecen una educación que les dé las herramientas para sobrevivir y que actualmente precisamos todas, una comprensión de las realidades de su propia cultura y un sentido de las múltiples culturas que conforman la sociedad norteamericana.

¿Y si la investigación y la enseñanza sobre mujeres estuvieran entre los cinco primeros esfuerzos para abarcar genuinamente las experiencias de todos nosotros y nosotras? ¿Y si la investigación y la enseñanza sobre mujeres pudieran reunir las tensas realidades de un pueblo entero? ¿De todas las razas? ¿Todas las clases? ¿Todas las sexualidades? ¿Todos los poderes? ¿Ambos géneros? ¿Y si los estudios de mujeres demostraran lo que puede ser una democracia conceptual? ¿Y si los estudios de mujeres fueran un laboratorio para pensar las complejidades de la comunidad? ¿Y si la "ellaterogeneidad" fuera a enseñarnos cosas sobre la heterogeneidad? Sería maravilloso, pero, claro, esto no se dará sin estudios de mujeres de color, sin mujeres de color. Uno de los acontecimientos más importantes de las últimas décadas ha sido el surgimiento de comunidades académicas de mujeres de color.

Aumenta la *ellaterogeneidad* de los estudios de mujeres el hecho de que varias generaciones de académicas se han unido a aquellas pioneras enloquecidas que en los años sesenta tomaron a las mujeres como tema "en un mundo material y local".<sup>10</sup> En realidad, en los años sesenta hubo dos grupos de pioneras enloquecidas". Para abusar de una metáfora hoy trillada, un grupo estaba formado por las madres". Entre éstas estaban Jessie Bernard, Eleanor Flexner, Mirra Komarovsky, Gerda Lerner,

\* N. del T.: la autora realiza un juego de palabras en inglés entre *heterogeneity* (heterogeneidad) y *her* (pronombre personal singular femenino, ella), logrando una feminización del término heterogeneidad.

<sup>10</sup> SMITH, Dorothy, "A Sociology for Women", en: SHERMAN, Julia A. y Evelyn TORRON BECK (eds.), *The Prism of Sex*, Madison, University of Wisconsin Press, 1977, pág. 169.

Ellen Moers y Ann Firor Scott. A lo largo de los años cincuenta y sesenta trabajaron casi siempre en el aislamiento. En cambio, el segundo grupo, las hermanas de Millett, tenía un sentido conmovedor de camaradería. Las alumnas graduadas o las jóvenes escritoras de fines de los años sesenta disfrutábamos de los lazos conscientes de la hermandad. Como ha escrito hace poco Carroll Smith-Rosenberg, una de las fundadoras de la historia de mujeres: "Es fácil olvidar el espíritu de aquellos primeros años. Las jóvenes académicas que recién cobran conciencia de la historia de mujeres tampoco tienen cómo saber del fervor que aportamos a nuestra tarea o el júbilo y la camaradería con que nos volvimos las unas hacia las otras".<sup>11</sup> Muchos de los planteamientos de "las madres" y de "las hermanas de Millett" se han convertido hoy, con toda justicia, en lugares comunes. Piensen en "el mundo femenino del amor y del ritual", "la ginocrítica", "la loca del desván", "la experiencia femenina", "doble impedimento", "nuestros cuerpos, nosotras", o incluso "política sexual".

Cuando vuelvo la mirada hacia ese grupo siento un enorme orgullo y ocasionales episodios de incomodidad intelectual, pues algunos de nuestros análisis e ideas tenían simplicidades agrisadidas. No podía ser de otro modo, dada nuestra posición y nuestra conciencia de estar escribiendo muchas cosas *por primera vez*. Esta percepción formaba, por supuesto, parte de nuestro júbilo. Mirando en dirección a las nuevas generaciones, siento un gran alivio al verlas allí. ¿Pues quién quiere decir algo, como si fuera nuevo, para verlo desaparecer ante sus ojos antes de que haya tenido oportunidad de envejecer? Más aún, los estudios de mujeres empezaron como un acto de revisión. Proporcionaron un modelo del pensamiento como revisión persistente y corrección consistente. En pocas palabras, los estudios de mujeres demostraron que el pensamiento consistía en pensar. Sería irónico, por así decir, que el crecimiento de los estudios de mujeres significara la traición a aquel modelo.

Un desarrollo crucial de los años setenta fue una exploración sofisticada de la teoría y la práctica científicas. Evelyn Fox Keller, por ejemplo, empezó a publicar sus influyentes ensayos a fines de ese decenio. No es de extrañar que utilizara algunos de los instrumentos del psicoanálisis revisionista, pues una segunda expansión de los años setenta fue la alianza de todas las escuelas revisionistas del psicoanálisis y del feminismo. Piensen en la diferencia entre dos textos igualmente importantes: *Women and Madness* (1972) y *The Reproduction of Mothering* (1978). El psicoanálisis revisionista, a su vez, se unió a la preocupación posmoderna por la ideología, la producción del significado, los sistemas de significación, la interpretación y la confiabilidad de nuestros códigos de representación. Este maravilloso fermento, el feminismo posmoderno, ingresó *abiertamente* en escena en 1979, en la Conferencia sobre Académicas y Feminismo, de Barnard College. Los estudios de mujeres siguen nadando entre el oleaje levantado en aquella oportunidad.<sup>12</sup>

11 SMITH-ROSENBERG, Carroll, "The Feminist Reconstruction of History", en *Academe*, septiembre-octubre, 1983, 69(5), pág. 28.

12 FLAX, Jane, "Postmodernism and Gender Relations in Feminist Theory", en *Signs: Journal of Women in Culture and Society* (verano 1987), 12(4), págs. 621-643, resumen del posmodernismo feminista.

Permítanme citar tres ejemplos de estos cambios:

1. Muchas de nuestras críticas literarias más agudas están transformando el concepto de "ginocrítica", es decir, el estudio de las tradiciones de las escritoras en tanto escritoras, con el de "gínesis", es decir, el estudio de lo que significan "lo femenino" y "mujer" en los contratos simbólicos, en los sistemas aceptados de signos de las diversas culturas.<sup>13</sup> Tanto hombres como mujeres pueden proferir "lo femenino".
2. Antropólogas e historiadoras están debatiendo la difundida práctica que separa la realidad social en dos esferas empíricas: la de él y la de ella. Los estudios laborales, sobre todo, se han dedicado de manera consistente a investigar "la división del trabajo por sexos" y plantean que esta división ha sido una fuente de desigualdades de género.<sup>14</sup> Este análisis sigue pesando mucho. Sin embargo, algunas académicas están pidiendo menos énfasis en lo que las mujeres parecen hacer y más énfasis en la interpretación de sus actividades. En 1980 Michelle Zimbalist Rosaldo, quien en vida fue una de las fundadoras de la antropología de mujeres contemporánea, dijo: "Ahora me parece que el lugar de la mujer en la vida social humana no es en ningún sentido el producto directo de las cosas que ella hace (y menos aun, una función de lo que ella es, biológicamente hablando) sino de los significados que sus actividades adquieren mediante interacciones sociales concretas".<sup>15</sup>
3. Algunas filósofas de la ciencia están pasando de una posición "reformista" a una "revolucionaria". Sandra Harding tiene un libro interesante en el que habla de un desplazamiento de la "cuestión de la mujer en la ciencia" hacia la "cuestión de la ciencia en el feminismo". Las investigaciones han evolucionado de "los análisis que ofrecían la posibilidad de mejorar la ciencia con la que contamos hacia reclamos de una transformación de los cimientos mismos de la ciencia y de las culturas que le confieren su valor".<sup>16</sup> Esa transformación creará una cultura "incómoda con la dominación".

13 Véase "Women's Time, Women's Space: Writing the History of Feminist Criticism", en BENSTOCK, Shari, (ed.), *Feminist Issues in Literary Scholarship*, Bloomington, Indiana University Press, 1987, págs. 30-44; Elaine Showalter, quien inventó el término "gynocritics", ayuda a dar un panorama de ese desarrollo. Una codificación de la tradición ginocrítica es GILBERT, Sandra M. y Susan Gubar, *The Norton Anthology of Literature of Women*, Nueva York, Norton, 1985. La manifestación principal acerca de la "gínesis" es de JARDINE, Alice A., *Gynesis*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1985.

14 HARTMANN, Heidi, "Capitalist, Patriarchy, and job Segregation by Sex", en ABEL y ABEL, *The Signs Reader*, pág. 193.

15 ZIMBALIST ROSALDO, Michelle, "The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding", en *Signs: Journal of Women and Society*, primavera, 1980, 5(3), pág. 400.

16 HARDING, Sandra, *The Science Question in Feminism*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1986, pág. 9. Harding ha merecido por lo menos dos apreciaciones críticas: confunde la relación de la ciencia con la naturaleza y confunde el rol de la mujer en la ciencia de hoy en día. Véase, por ejemplo, RUSKAI, Mary Beth, "Letter on Feminism and Women in Science", en *Newsletter, Association for Women in Mathematics*, mayo-junio de 1986, 16(3), págs. 4-6.

La presencia de varias generaciones también es signo de una fragilidad cada vez menor y de una fuerza creciente de los estudios de mujeres. Ahora son comunes por lo menos tres metáforas generales, ampliamente dispersas, para abordar el poder: el círculo o campo, en el que los poderosos ocupan el centro y los menos poderosos están esparcidos por los bordes; la escalera, en la que los poderosos ocupan el peldaño superior y los menos poderosos los inferiores; y por último el carro, en el que los poderosos ocupan el asiento del conductor y los menos poderosos los lugares de los pasajeros, en la maletera, o sobre los guardafangos y largueros. Los estudios de mujeres están más cerca del centro, de la parte superior y del volante de lo que estaban en 1969 ó 1974. Una de nuestras tareas entonces es mantener la seguridad del poder que hemos obtenido con tanto esfuerzo. La falta de poder no es divertida. Después de todo, ¿quién no prefiere ganar un puesto en permanencia a perderlo? ¿Quién no prefiere tener una partida presupuestal a no tenerla? ¿Quién no prefiere publicar sus obras a ser arrinconada en el silencio? ¿Quién no prefiere tener un centro de investigaciones en una casa en lugar de ocupar un altillo? ¿Un altillo a la simple intemperie?

Pero a la vez los estudios de mujeres no pueden darse el lujo de perder las visiones profundas que la marginalidad y la alienación ofrecen como apesadumbrada compensación por el dolor. En *A Room of One's Own*, una tensa meditación sobre la conciencia, Virginia Woolf piensa sobre lo que es ser mujer, mientras camina por Whitehall, en el centro de lo que alguna vez fue un poder imperial. "A menudo a una la sorprende", escribe, "...una súbita escisión de la conciencia (...) cuando de heredera natural de esa civilización, ella se vuelve, al contrario, exterior, ajena y crítica".<sup>17</sup>

¿Pero cómo hace una para retener algún poder y a la vez conservar la perspectiva desde afuera? ¿Cómo se *hace* este acto de equilibrismo? Una forma posible es estar al acecho de la subrepticia soberanía del inconsciente. Esta desconfianza nos recuerda que nuestros actos e ideas conscientes tienen sus propios motivos ocultos y compulsiones disfrazadas, formados por las circunstancias y la ideología de cada una. Para Sandra Harding, "las peligrosas son las tensiones que deseamos reprimir, ocultar, ignorar".<sup>18</sup> Por suerte, tanto las de la "genesis" como otras teóricas feministas posmodernas insisten en el poder del inconsciente en hombres y mujeres por igual. Otro camino, en el reino de la conciencia, es asegurarse de que nuevas voces resuenen a través de los estudios de mujeres. Es crucial que los estudios de mujeres de un país puedan vincularse de manera aún más sistemática con los estudios de mujeres del otro lado de las fronteras, aun cuando estos esfuerzos no se llamen a sí mismos "estudios de mujeres". La conferencia sobre Mujer y Desarrollo Nacional que tuvo lugar en el Wellesley Center a mediados de los años setenta así como las conferencias de la ONU durante el Decenio de la Mujer han ayudado a iniciar este proceso.

Sin duda, los estudios de mujeres en otros países tienen otras cosas que hacer que enseñarle estudios de mujeres a Estados Unidos. Si adoptamos el papel de la

17 WOOLF, Virginia, *A Room of One's Own*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1929, pág. 101.

18 HARDING, *The Science Question in Feminism*, op. cit., pág. 243.

estudiante dependiente, nos volveremos flojas y autocompasivas. Pero si estamos dispuestas a aprender, los estudios de mujeres de otros países y regiones tienen mucho que enseñarnos. Pueden desafiar nuestro próspero pero vulgar provincianismo. Pueden ofrecer enfoques que no existen en Estados Unidos sobre guarderías infantiles, sobre temas sociales y políticos tales como las formas de acción colectiva y, en asuntos metodológicos, las maneras más útiles de hacer investigación sobre mujeres. En los países en vías de desarrollo, donde la pobreza es tanta y tan dañina, los estudios de mujeres deben investigar el analfabetismo junto con la educación superior, tecnologías de pilado del arroz junto con electrodomésticos, suministro de agua junto con informática y bancos de datos. Como resultado, muchos proyectos enlazan la investigación con la acción social, aún más estrechamente de lo que se hace en Estados Unidos.

Por último, los estudios de mujeres fuera de Estados Unidos pueden repudiar las más soberbias generalizaciones norteamericanas sobre las mujeres como grupo. Claro que las vidas de las mujeres se reflejan unas en otras. En cada país las mujeres son víctimas de violaciones y de violencia en el hogar, de control y perversidad sexual, del analfabetismo y de una creciente pauperización. También son responsables de las necesidades básicas para la supervivencia, de preparar los alimentos, el agua, la leche. Las mujeres tienen la obligación de ofrecer el pecho, la espalda y la rodilla. Si acaso un punto puede reunir a todas las investigadoras sobre la mujer es el de la supervivencia básica. ¿Cómo hemos de librarnos del hambre, de la sed, de la debilitante enfermedad, de la ignorancia, de la violencia y de la amenaza de muerte nuclear?

Pero así como las mujeres dentro de cada país tienen diferencias entre sí –de raza, clase, convicciones políticas, religión, región, preferencia sexual y temperamento–, así también se diferencian las mujeres en el mundo entero. Los estudios de mujeres deben comprender estas diferencias, esta *ellaterogeneidad*. Por ejemplo, los estudios de mujeres en otros países, pueden recordar a las norteamericanas que aún hay sexismo en su país, pero que también gozan de privilegios como ciudadanas comparativamente libres de un país que tiene intereses tan militarizados en relaciones internacionales. El proceso de mapeo de esos privilegios es una de las razones, pero sólo una de ellas, que han obligado a los estudios de mujeres en América del Norte a revisar y reformular su imagen de mujeres/víctimas.

### III. LOS ESTUDIOS DE MUJERES COMO ZONA INTELECTUAL EN DISPUTA

Colaboración y colisión harán de los estudios de mujeres tanto en Estados Unidos como en el exterior una zona intelectual en disputa. No voy a producir un listado enciclopédico de asuntos o temas que van a florecer en esta zona. Algunos aparecen desde ya con insistencia. Para las no iniciadas, el primer punto puede parecer algo hermético, pero la pregunta es nada menos que: ¿cuál es el tema de los estudios de mujeres? ¿"Es" mujeres o "es" el género? Un reciente editorial de *Signs*

formula la pregunta con cierta reticencia: "¿Deberían los estudios de mujeres ceder el paso a los estudios de género?"<sup>19</sup> El verbo *ceder* habla de los estudios de mujeres como una mera señal de tránsito y también como una doncella complaciente. ¿Y qué significan, preguntarán con más fuerza las feministas posmodernas, "mujeres" y "género"?

Es obvio, dicen algunas, que primero deberíamos entender a las mujeres: sus historias, su cultura, su trabajo y sus hábitos.<sup>20</sup>

Este punto de partida puede ayudarnos entonces a ver el resto de la historia y de la sociedad. Pero nuestra primera responsabilidad es con las mujeres. *No*, dicen otras. Primero debemos comprender el género: la arquitectura económica, social, familiar y psicológica de la feminidad y de la masculinidad. Debemos conectar las vidas de los hombres y de las mujeres y trazar la formación de las identidades sexuales. Debemos descifrar los patrones de conducta que los hombres y las mujeres, en cuanto hombres y mujeres, aprenden, expresan y sobre los que actúan. Este punto de observación nos puede ayudar entonces a ubicar el género dentro de otras estructuras sociales —como las de raza y clase— que organizan a la cultura y a la sociedad. En un famoso artículo de 1981, Myra Jehlen lamentaba el "aislamiento" de los estudios de mujeres. Reclamaba una "definición alternativa" que hiciera a los estudios de mujeres "la investigación de todo, desde el punto de vista de las mujeres, como manera de enfrentar a los sistemas intelectuales dominantes de manera directa y orgánica".<sup>21</sup> Siguiendo este razonamiento, en 1986 el Center for Research on Women de la Universidad de Stanford cambió su nombre a Institute for Research on Women and Gender. En 1987 la University of Texas Press anunció que en 1988 lanzaría una nueva revista llamada *Genders*. Un primer aviso prometía que sería "la primera publicación en las artes y las humanidades que colocará el género en el centro de sus preocupaciones (...) La significación de la sexualidad y del género en determinadas culturas o períodos históricos será explorada junto con la representación del género en las palabras específicas de artistas, críticas o historiadoras".

Este diálogo entre los estudios de mujeres y el género puede parecer señalar las distinciones donde no hay diferencias y en esa medida constituye un episodio más de obsesión maniática académica. Sin embargo este diálogo apunta a mucho más que a una distinción sin diferencia. Un caso concreto: el estudio del embarazo adolescente es muy importante en sí mismo como base de una política social y como manera de ayudar a las jóvenes adultas a comprender su propia conducta. ¿Pero a quién deberíamos estudiar? ¿A las jóvenes madres o a ellas y a la vez a los padres de sus criaturas? De hecho, a medida que los estudios de mujeres se han hecho más

<sup>19</sup> *Signs*, verano, 1987, 12(4), pág. 619.

<sup>20</sup> Véase, por ejemplo, BOWIES, Gloria y Renate DUELLI (eds.), *Theories on Womens Studies*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983.

<sup>21</sup> JEHLLEN, Myra, "Archimedes and the Paradox of Feminist Criticism", en *The Signs Reader*, pág. 71.

panorámicos, así como el estudio de un sexo se ha transformado en el estudio de un sistema, algo más ha entrado claramente en foco: el otro sexo, los hombres; el otro signo, el "hombre". En 1987, los estudios de hombres tenían un nuevo vigor. Desde mis trabajos de estudios de mujeres vislumbro dos escuelas de estudios de hombres. La primera busca combinar los estudios de hombres con los estudios de mujeres. Sensible a *gays* y lesbianas, en deuda con el feminismo, teme utilizar los estudios de hombres para la reconstitución de un machismo liberal. La segunda busca combinar los estudios de hombres con sospechas frente a los estudios de mujeres. No parece importarle utilizar los estudios de hombres para reconstituir algunos de los estados de ánimo fanfarrones del patriarcado.<sup>22</sup>

Hace varios años, los estudios de mujeres dedicaron mucha energía al asunto de la relación entre programas separados de estudios de mujeres y las actividades de integración a los planes de estudio universitarios. ¿La integración iba a permitir que las instituciones pudieran borrar no sólo los estudios de mujeres, sino a las mujeres independientes, en especial a las de color y a las lesbianas? El proceso de respuesta a esta pregunta mostró que los programas separados y la integración podían y debían coexistir. Eran interdependientes. Hoy el asunto de si estamos estudiando "mujeres" o "género" también se plantea con urgencia. Recorre nuestros debates un temor similar al que provocaba el anterior. Es decir, ¿estamos borrando a las mujeres y al movimiento de mujeres? ¿Estamos diluyendo, o incluso sacrificando, nuestras pasiones y nuestro dolor? Pienso que una vez más el proceso de dar respuesta a nuestra propia pregunta pondrá en evidencia la debilidad de la pregunta misma. Pues los estudios de mujeres y los de género no se excluyen. También ellos son interdependientes, están entremezclados como el verbo y la oración.

Los estudios de mujeres y los de género luchan por igual con el significado de la diferencia sexual. Es inexorable que las definiciones de "mujer" impliquen contrastes con las de "hombre". Igual de inexorable es que las diferencias sexuales se funden en las marcas de género, si son sinónimas de éstas. A menudo he aislado dos actitudes especialmente notorias frente a las diferencias de sexo. Muchos llaman a la disputa entre ellas una diferencia en "lo igual" y "lo diferente". En el terreno jurídico, esto se transforma en "trato igualitario" versus "trato especial". Yo llamo a estos dos grupos "minimalistas" y "maximalistas". Las minimalistas tienen mayor capacidad de penetración y de resistencia. Comprenden que hombres y mujeres se diferencian por sus cuerpos, trabajos, ciclos vitales, patrones de lenguaje y poderes.

22 Ejemplos de la primera escuela son BROD, Harry (ed.), *The Making of Masculinities: The New Mens Studies*, Boston, MA, Allen-Unwin, 1987 y JARDIRIE, Alice y Paul SMITH (eds.), *Men in Feminism*, Nueva York-Londres, Methuen, 1987; un ejemplo de la segunda escuela es LENTRICCHIA, Frank, "Patriarchy Against Itself: the Young Manhood of Wallace Stevens", en *Critical Inquiry*, verano, 1987, 13(4), págs. 742-786. Para respuestas, incluyendo una ferviente autodefensa frente al salvaje ataque de LENTRICCHIA, Alice, Sandra M. GILBERT y Susan GUBAR, *Critical Inquiry*, invierno, 1988, 14(2), págs. 379-413. *The Journal of The National Association of Women Deans, Administrators, and Counselors*, verano, 1986, vol. 49, nro. 4, reseña los estudios del hombre.

Pero, siguen argumentando las minimalistas, buena parte de esas disimilitudes ha sido determinada por las fuerzas históricas y los procesos de socialización. Ni los espíritus cósmicos ni las hormonas han alcanzado a tener tanta importancia. Bastaría cambiar las condiciones históricas y los condicionamientos para borrar la mayoría de las diferencias sexuales. Las veríamos como lo que muy probablemente pueden ser: un concepto, una construcción, una ficción cultural. En el terreno de la ciencia ficción, esta visión es explorada por la novela *The Left-Hand of Darkness* (1969) de Ursula K. Le Guin; en la crítica literaria lo hace Carolyn Heilbrun en su libro *Towards a Recognition of Androgyny* (1973). No es sorprendente que la socióloga Cyriethia Fuchs Epstein expresara hace poco esta "visión minimalista":

A partir de la investigación actual, las diferencias biológicas entre hombres y mujeres tienen poca o ninguna relevancia para su conducta y sus capacidades fuera de los roles sexuales y reproductivos; hasta los efectos de una temprana socialización de género pueden ser revertidos por experiencias adultas. Un creciente cuerpo de conocimientos indica que, en igualdad de condiciones, hombres y mujeres revelan igual competencia, talento, ambición y deseo en actividades que van desde competir en carreras hasta hacer investigación científica. El que las condiciones varíen tan regular y decisivamente para hombres y mujeres tiene más que ver con las divisiones del poder en la sociedad que con diferencias innatas de sexo.<sup>23</sup>

La segunda actitud es la de las "maximalistas". Ellas postulan que profundas fuerzas transculturales crean diferencias sexuales; que el nexo entre el sexo, una condición biológica, y el género, una creación social, es mucho más profundo de lo que piensan las desaprensivas "minimalistas". Lo tradicional ha sido que la creencia en las diferencias sociales acompañara y ratificara un compromiso con las jerarquías de poder en la familia, la comunidad y el Estado. Piensen en San Pablo y en Charles Darwin. Sin embargo, las "maximalistas" son también feministas. Su política une una teoría de la diferencia sexual con un compromiso con la equidad de género dentro de la familia, la comunidad y el Estado. Simplificando la cosa, una "minimalista" hace hincapié en las similitudes sexuales, en lo idéntico de hombres y mujeres como base teórica de la igualdad de género. Una "maximalista" hace hincapié en la novedosa posibilidad de utilizar las disimilitudes sexuales como base teórica de una doble tarea: reconocer lo que podrían tener de "especial" las mujeres y a la vez reclamar las oportunidades y los derechos de los hombres.<sup>24</sup> La manera en que esta última posición podría encarnarse en leyes (por ejemplo, a través de la reglamentación del embarazo) y en la vida diaria (por ejemplo, el embarazo mismo) sigue siendo algo turbio, inestable, polémico y desordenado.

23 FUCHS EPSTEIN, Cynthia, "Ideal Images and Real Roles: The Perpetuation of Gender Inequality", en *Dissent*, otoño, 1984, 31(4), pág. 441. Véase también de LORBER, Judith, "Dismantling Noah's Ark", en *Sex Roles*, 14(11-12), 1986, págs. 567-580.

24 Mi agradecimiento a la profesora Alison Jaggar por su ayuda en el tema de las relaciones entre las teorías sobre diferencia sexual y las teorías sobre igualdad política.



La posición "maximalista" cuenta con algunos aliados insólitos: las ciencias sociales norteamericanas, la teoría francesa del género, influenciada a su vez por el psicoanálisis revisionista, el feminismo radical norteamericano y la teoría lesbiana. Las "maximalistas" hablan cada vez más claramente y se empiezan a dividir. En los años setenta empezaron a crearse por lo menos cuatro posiciones "maximalistas". A medida que fueron surgiendo, las características "femeninas" se han vuelto más grandilocuentes. Este desarrollo también ha acompañado e influenciado las sospechas que crecieron ante una adhesión demasiado apresurada y completa a la teoría de las mujeres como presa pasiva; una visión muy achatada de la mujer, trátase o no de la mujer total como víctima total.

La primera posición argumenta que la diferencia entre hombres y mujeres existe pero el porqué no está claro. Como las características femeninas tienen valor, tratamos las diferencias sexuales con cautela. Pienso, por ejemplo, en el célebre trabajo de Carol Gilligan sobre razonamiento moral. En parte, el trabajo de Gilligan es atractivo porque es correcto. Las descripciones anteriores del desarrollo moral borraban a las mujeres. Es también atractivo porque es elocuente y humano. Por último, se atreve a hablar de moralidad, de valores, de una forma que convalida las diferencias de las experiencias femeninas sin presentar a las mujeres como una especie radicalmente separada.<sup>25</sup> También pienso en la definición lírica que hace Alice Walker de la palabra "mujerista". La mujerista es primero una "feminista negra o feminista de color", pero es también "una mujer que ama a otras mujeres, sexual o no sexualmente. Aprecia y prefiere la cultura de las mujeres, la flexibilidad emocional de las mujeres (...) y la fuerza de las mujeres. A veces aman a hombres individuales, sexual o no-sexualmente. Comprometidas con la supervivencia y la integridad de un pueblo entero, macho y hembra. No son separatistas, salvo periódicamente, por razones de salud".<sup>26</sup>

De paso, vale la pena señalar que algunas mujeres "socialmente conservadoras" (ese grupo que los estudios de mujeres tienden a ignorar) también creen en diferencias sexuales muy marcadas, en profundas marcas de género. A menudo temen cambios en el género porque asumen que entonces los hombres evadirán sus responsabilidades "masculinas", y que las mujeres perderán su rol "femenino" sin contar con alternativas aceptables. Para ellas, el feminismo destruye lo confiable en el género y pasa de largo, sin consideración y sin reflexión.<sup>27</sup> El sexo y el género suelen significar seguridad.

25 Véase GILLIGAN, Carol, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1982. Entre los muchos comentarios sobre el trabajo de Gilligan está el de KERBER, Linda K., Catherine G. GREENO, Eleanor E. MACCOBY, Zella LURIA, Carol B. STACK y Carol GILLIGAN "On *In a Different Voice: An Interdisciplinary Forum*", en *Signs*, invierno 1986, 11(2), págs. 304-333. BELENKY, Mary Field, Blythe McVICKER CLINCHY, Nancy Rule GOLDBERGER y Jill Matruck TARULE, *Women's Way of Knowing: The Development of Self, Voice, and Mind*, Nueva York, Basic Books, 1986. Desarrollan perceptiblemente las teorías de Gilligan.

26 WALKER, Alice, *In Search of Our Mothers' Gardens*, Nueva York, Harvest Books, 1983, págs. XI-XII.

27 Adapto agradecidamente la charla de la profesora Jane De Hart-Matthews sobre "Women, Tradition, and Politics", Third Annual Research Conference on Women,

Una *segunda* posición alega que las diferencias entre hombres y mujeres existen por la evolución. A medida que nuestra especie se fue desarrollando, su supervivencia paso a depender de que cada sexo tuviera ciertas capacidades. Como la causa es tan inmensa, tratamos las diferencias de sexo con gran cautela. Pienso, por ejemplo, en las teorías de Alice Rossi. Aparecieron primero en los años setenta y en parte designan al cuerpo como legislador de las relaciones sociales.<sup>28</sup> Aunque desdennan al positivismo mucho más que Rossi, las feministas culturales radicales que trabajan en los problemas de la paz también sostienen que las mujeres, por ser mujeres, tienen una relación especial con los temas de la supervivencia.

Hay una *tercera* posición y para esta las diferencias entre hombres y mujeres existen por las relaciones psicológicas, lingüísticas y somáticas entre madre, padre y criatura. Sin embargo, estas maximalistas discrepan violentamente entre sí. *Algunas* trabajan con la teoría freudiana y con la teoría revisionista freudiana. Tienden a concentrarse en el triángulo padre, madre e hijo y en el ingreso del hijo en la cultura del padre durante el período edípico. De hecho, lo macho y lo fálico significa la cultura misma. *Otras*, trabajan con la teoría feminista lesbiana. Tienden a concentrarse en la relación padre, madre e hija. Cuando la hija ingresa a la cultura del padre debe desprenderse de sus lazos más profundos, los que unen a la madre con su criatura, para poder incorporarse a una célula patriarcal, un sometimiento exigido por la ley, el dinero, la religión, el gobierno y el poder físico masculino. *Otras más*, sobre todo en Francia, trabajan con una volátil amalgama de teorías psicoanalíticas, feministas lesbianas y deconstruccionistas. A menudo elogian un lenguaje exclusivamente hembra o femenino, *écriture féminine*, que fluye desde la carne de la mujer y de las pulsaciones de nuestros compromisos con esta carne cuando las mujeres permiten que su carne y hueso hablen.<sup>29</sup>

Una *cuarta* posición sostiene que las diferencias entre hombres y mujeres han existido en la historia por la capacidad reproductora de las mujeres. Sin embargo para los hombres y ahora para la historia está cortando, primero para los hombres

Douglas College/Rutgers University, 21 de mayo de 1985. EHRENREICH, Barbara, *The Hearts of Men: American Dream and the Flight from Commitment*, Garden City, NY, Anchor Press-Doubleday, 1983, deconstruye esas actitudes.

28 Rossi, Alice, "A Biosocial Perspective of Parenting", en *Daedalus* (primavera 1987), págs. 1-33. Para comentarios véase *Signs*, verano, 1979, 4(4), págs. 695-717. Rossi elabora sus teorías en "Gender and Parenthood", una revisión de su 1983 American Sociological Association Presidential Address, *American Sociological Review*, febrero, 1984, 49, págs. 1-19.

29 GALLOP, Jane, *The Daughter's Seduction: Feminism and Psychoanalysis*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1982, examina sucinta y claramente la base psicoanalítica de una gran parte de la teoría francesa contemporánea sobre género. RICH, Adrienne, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en *Signs*, verano, 1980, 5(4), págs. 631-56 (generalmente reeditado en *The Signs Reader*, págs. 139-168), sigue siendo una de las manifestaciones más convincentes y elocuentes de la teoría lesbiana feminista. En 1976, la traducción al inglés de CIXOUS, Hélène, "The Laugh of the Medusa", en *The Signs Reader*, págs. 279-297 introdujo *écriture féminine* al público norteamericano.

y ahora para las mujeres, el nexo entre los roles biológicos, el yo reproductivo y los roles sociales. Una estudiosa debería ser "maximalista" al examinar el pasado y "minimalista" al examinar el presente. Pienso, por ejemplo, en las ideas de Mary Hartman sobre el desarrollo de los roles de género en Occidente.<sup>30</sup>

Debo decir con franqueza que soy una minimalista recalcitrante que aprende de las maximalistas. Sin embargo, ahora, a fines de los años ochenta, tengo cautela frente a la posibilidad de una excesiva infatuación con este debate en particular. Tengo por lo menos tres motivos para sospechar. *Primero*, cuando hablamos de diferencias de sexo estamos hablando de diferencias estadísticas, de promedios. Tendemos a olvidar cómo se superponen los sexos; cómo algunos hombres pueden ser muy buenos en las tareas "femeninas" y algunas mujeres muy buenas en las tareas "masculinas". Luego, cuando hablamos de diferencias de sexo, a menudo intentamos decir que la "naturaleza" es responsable de una parte y la "crianza" responsable de la otra. Sin embargo, la relación entre naturaleza y crianza, entre biología y cultura, es demasiado compleja, sutil y dinámica como para admitir una medición precisa y final. Definir esa relación es como pesar aire con globos pinchados. Por último, especular demasiado sobre la diferencia de sexo, sobre lo que es "hembra" y lo que es "macho", equivale a recapitular una vieja falacia: dualizar el mundo, dividirlo en juegos rígidos de oposiciones binarias y luego insistir en que esas antinomias son el molde de nuestras identidades. Por cierto que uno de nuestros mayores desafíos es repensar el mundo; no como una mole monolítica, no como un juego de dualidades, dividido, por ejemplo, entre el Malvado Imperio y la Ciudad sobre la Colina, sino como una multiplicidad de identidades y grupos heterogéneos, como una deslumbrante muestra de complejidades individuales, de otros y de otredades. Sólo una percepción así podrá organizar la política que tanto precisa el final del siglo XX: una política que acepte las diferencias y rechace las dominaciones.

Pero a pesar de mis dudas, el debate sobre las diferencias de sexo sigue y sigue. Que no se resuelva es algo importante intelectual y políticamente. Al parecer muchas personas esperan que el descubrimiento de diferencias profundas entre los hombres y las mujeres, hundidas como placas tectónicas bajo mares de historia, explicará cómo y por qué las experiencias entre hombres y mujeres han sido tan diferentes en su paso por esas aguas. Más aún, el análisis de esas profundas diferencias puede justificar distintos tipos de políticas sociales y jurídicas.

Permítanme presentar dos ejemplos recientes de intersección de investigaciones polémicas sobre políticas y diferencias sexuales. El primero es un artículo aparecido hace un tiempo en *The New York Times Magazine*, ese puente periodístico entre ideas y públicos influyentes. En él, Richard J. Herrnstein y James Q. Wilson sostienen que los criminales son creados, en parte, por factores tanto biológicos como sociológicos. Señalan, además, que los hombres, en especial los jóvenes, son más proclives a

<sup>30</sup> HARTMAN, Mary, "Capitalism and the Sexes", en *Raritan Review*, verano, 1934, 4(1), pág. 133 (resume su posición).

hacerse criminales que las mujeres jóvenes, *porque son hombres jóvenes*. Para apoyar esta afirmación citan el trabajo de Eleanor Maccoby y Carol Nagy Jacklin sobre posibles diferencias de sexo en la agresión.<sup>31</sup>

Mi segundo ejemplo es un tribunal de Chicago en junio de 1985. Este recinto oficial se ha convertido en combustible líquido para los cohetes a retropropulsión de la notoriedad contemporánea. Un juez está oyendo una importante causa de discriminación sexual, abierta por la Equal Employment Opportunity Commission, EEOC (Oficina Federal de Igualdad de Oportunidad en el Empleo), iniciada en 1979 contra las tiendas Sears Roebuck. Éste es el último juicio de demanda colectiva abierto contra una gran empresa. Dos historiadoras feministas son testigos. Una de ellas, Rosalind Rosenberg, a favor de Sears Roebuck. Según ella, la historia nos enseña que una cultura femenina ha creado mujeres que tienen valores distintos de los de un mercado masculinizado y competitivo. Eligen empleos peor pagados y menos competitivos. Rosenberg también declara que los datos estadísticos no constituyen una prueba de discriminación.

Alice Kessler-Harris, la segunda historiadora feminista, está a favor de la EEOC (casi una de cada dos historiadoras feministas que conozco, pero no una de cada dos, piensa que el testimonio de Kessler-Harris tiene mayor precisión). Las lecciones de la historia, afirma, nos muestran que la estructura, la ideología y la práctica del mercado discriminan en contra de las mujeres. "Denle la oportunidad a las mujeres", añade, "ellas elegirán ir tras los empleos bien remunerados y competitivos". En febrero de 1986, el juez, nombrado por republicanos, declaró a Sears no culpable. Citó explícitamente el argumento de Rosenberg como una de las razones de su dictamen. La polvareda que levantó este caso todavía no se ha asentado en los estudios de mujeres y en la historia feminista, en parte porque los medios lo presentan como un drama intelectual o, más vulgarmente, como una "trifulca entre dos feministas". Sin embargo, el caso plantea serios interrogantes, no sólo sobre la historia de mujeres, sino sobre la amplia relación de lo académico con la acción y sobre la relación más específica del discurso académico con el jurídico. Por último, muestra que los estudios de mujeres han perdido un consenso moral absoluto con respecto a lo que debe significar su práctica.<sup>32</sup>

31 HERRNSTEIN Richard J., y James Q. WILSON, "Are Criminals Made or Born?", en: *New York Times Magazine*, 4/08/1985, pág. 32. Una reseña del libro *Crime and Human Nature*, el cual adelanta este artículo, es la de ROSE, Steve, "Stalking the Criminal Chromosome", en *The Nation*, 24/05/mayo de 1986, págs. 732-736.

32 Recuentos del caso incluyen a WIENER John, "Women's History on Trial", en *The Nation*, 7 de septiembre de 1985, primera plana y págs. 176, 178-180; "Statistics Have Become Suspect in Sex Discrimination Cases", en *New York Times*, 09/02/1986, 8E; WINKLER, Karen J., "'Two 'Scholars' Conflict in Sears Sex-Bias, Sex Sets Off War in Women's History'", en *The Chronicle of Higher Education*, 05/02/1986, 1, 8; FREEDMAN, Samuel G., "Of History and Politics: Bitter Feminist Debate", en *The New York Times*, 6/06/1986: B1, B4; STERNHELL, Carol, "Life in the 'Mainstream'", en *Ms.*, julio de 1986, págs. 48-51, 86-91; "Women's History Goes to Trial: EEOC vs. Sears, Roebuck and Company", en *Signs*, verano, 1986; y MILKMAN, Ruth, "Women's History and the Sears Case", en *Feminist Studies*, verano, 1986, 12(2), págs. 375-400 (un buen artículo para el

En el próximo decenio las practicantes de los estudios de mujeres deberán decidir si van a reconstruir el consenso o vivir, conscientemente, con sectas y escuelas. Al mismo tiempo deberán confrontar todavía más misterios intelectuales, nuevos y antiguos, que requerirán su atención. Dicho más sobriamente, los estudios de mujeres tienen una agenda de investigación. Al unir la teoría con la práctica, cada punto en esta agenda tiene finalmente que ver con las maneras en que las mujeres manejarán sus vidas y en qué sociedades administrarán el género. Mis preguntas empiezan con el cuerpo y se van haciendo más y más expansivas hasta tocar "el espíritu" mismo. Empiezan en un punto físico y luego se desplazan hacia el exterior en cuatro círculos concéntricos.

Permítanme trazar estos círculos.

Primero, entre las más obvias diferencias que *percibimos, que nosotras creemos ver*, entre hombres y mujeres están hoy las del cuerpo como agente sexual. De hecho, algunas intelectuales feministas creen que la sexualidad – "su determinación social, su construcción diaria, su expresión del nacimiento a la muerte, y (...) el control del macho" – es su tema central.<sup>33</sup> Sin embargo la sexualidad quiere decir varias cosas. *Por una parte la sexualidad quiere decir eros, deseo. ¿Cuál es la naturaleza de la sexualidad femenina? ¿Es la construcción de una cultura masculina explotadora o es la fuente de un placer femenino rebelde? Si es una fuente de placer femenino rebelde, ¿qué es lo que provoca y gratifica tal placer? ¿Puede incluir un sadismo o un masoquismo deliberadamente elegidos? ¿Un deleite en la pornografía?*<sup>34</sup> Las feroces divergencias entre feministas respecto del control legal de la pornografía son tanto una disputa sobre la naturaleza de la sexualidad femenina, como sobre la importancia de la Primera Enmienda constitucional norteamericana o sobre la conveniencia de las coaliciones entre el feminismo y los grupos políticos de derecha.

*Por otra parte, la sexualidad también puede significar maternidad, reproducción. ¿Cuáles son, físicamente, las formas apropiadas de planificación familiar y de salud*

debate entre teorías de acoso sexual o igualdad y diferencia sexual). Véase KESSLER-HARRIS, Alice, "Equal Opportunity Employment Commission vs. Sears, Roebuck and Company: A Personal Account", en *Radical History Review*, abril 1986, págs. 35, 57-79; y HOFF-WILSON, Joan, "The Unfinished Revolution: Changing Legal Status of U.S. Women", en *Signs*, otoño, 1987, 13 (1), págs. 30-33.

33 MACKINNON, Catharine A., "Feminism, Marxism, Method and the Stare: An Agenda for Theory", en ABEL y ABEL, *The Signs Reader*, pág. 241.

34 La conferencia que tuvo lugar en la Universidad de Barnard, "Towards a Politics of Sexuality" (1982), abrió el debate sobre la sexualidad femenina. Los trabajos presentados en la conferencia están en VANCE, Carol S., (ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality* (Boston Mass y Londres, Routledge-Keagan Paul, 1984). Otros textos importantes: SNITOW, Ann, Christine STANSELL y Sharon THOMPSON (eds.), *Powers of Desire: the Politics of Sexuality*, Nueva York, Monthly Review Press, 1983; EHRENREICH, Barbara, Elizabeth HESS y Gloria JACOBS, *Remaking Love: The Feminization of Sex*, Garden City, NY, Anchor Press-Doubleday, 1986; RUBIN SULEIMAN, Susan, "Writing and Motherhood", en GARNER, Shirley Nelson, Claire KAHANE y Madelon SPRENGNEITHER (eds.), *The (M)other Tongue: Essays in Feminist Psychoanalysis*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1985, págs. 352-77 (observa con lucidez los nexos entre teoría psicoanalítica, maternidad y lenguaje).

maternal ¿Desde el punto de vista psicológico, importa que las mujeres sean madres, tal como lo han preguntado Nancy Chodorow y otras? Social y psicológicamente, ¿quiénes sino las madres pueden ser madres? ¿Quiénes son los nuevos padres? ¿Los nuevos cuidadores? ¿Qué debemos pensar, social y económicamente, sobre las nuevas tecnologías de reproducción? ¿Quién las inventará y se beneficiará de ellas? ¿Quién controlará, social y políticamente, los cuerpos de las mujeres? ¿Y su sexualidad? ¿Y su maternidad?

Luego tenemos que nuestro cuerpo es sólo parte de nuestra identidad, de nuestro yo. De hecho, nuestra identidad, psíquica y cultural, probablemente da forma a nuestro sentido del cuerpo. ¿Cómo es diseñada, construida y mantenida la femineidad y cómo lo es la masculinidad? ¿Cómo, en otras palabras, se genera la "Identidad de género"? Si creemos que un sentido de autonomía es bueno para ambos sexos, no sólo para los hombres, ¿cómo haremos para crear ese sentido de autonomía en más mujeres sin, al mismo tiempo, criar monstruos de egoísmo y egolatría? Pero las feministas posmodernas preguntan ¿qué quiere decir realmente esa expresión *the self*? Los estudios de mujeres han tendido a creer en el ego cartesiano en un yo autónomo, unificado y sustantivo. Han querido que las mujeres reclamen la potencia de ese ego. ¿Y si semejante concepto del "Yo" fuera una ilusión? ¿Si nuestros interrogantes revelaran al yo como una consecuencia del discurso de una cultura determinada y no un universal metafísico? ¿Qué nuevas narrativas del "Yo" querríamos escribir entonces? ¿Podríamos, por ejemplo, desear describirnos como una serie de fragmentos en incesante e incierta, pero a la vez, valiosa evolución? ¿O varias identidades simultáneas y a menudo en conflicto? ¿Escindidas en la raíz, como escribe Adrienne Rich, pero creativamente y no esquizofrénicamente escindidas?

Además, el yo es sólo una parte de estructuras seculares más amplias. *Familiarmente*, ¿qué nuevas formas están surgiendo? ¿Cuáles son nuestras formas de intimidad, cuidado y crianza de los niños? ¿Cómo podemos crear formas familiares libres de los crímenes de violencia doméstica, incesto y la explotación del trabajo de las mujeres? *Educativamente*, ¿qué prácticas funcionan mejor para todas las mujeres? ¿En qué medida es la educación una fuerza a favor de la igualdad? *Económicamente*, ¿cómo debería ser el trabajo de las mujeres? ¿Cómo deberían ser sus retribuciones? ¿Cómo deberían ser juzgadas y borradas las injusticias discriminadoras del mercado? ¿Cuál debería ser la posición económica de quienes no están en la fuerza de trabajo? ¿Mujeres y niños beneficiados por el seguro de desempleo? ¿El ama de casa? Por supuesto que la mayoría de estas preguntas brotan de ese monstruoso fenómeno que es la feminización de la pobreza o la pauperización de las mujeres. *Políticamente*, ¿qué debemos hacer para obtener la igualdad, si eso es posible? ¿Cuáles son los mecanismos que impulsan a los viles engranajes de la dominación? ¿Cómo se mezcla la desigualdad de género con otros patrones de dominación y de sumisión? ¿Podemos confiar en que ese monstruo sagrado, el Estado moderno, controlará la maquinaria, o es el Estado moderno el engranaje más peligroso de todos? ¿La modernización libera? ¿Esclaviza? ¿Ambas cosas?

Por último, mi cuarto círculo. Muchas apartan la mirada de esta figura. Sin embargo, las estructuras seculares pueden ser sólo parte de cosmografías más amplias. En el pasado los estudios de mujeres han sido en su mayoría una empresa secular o algunas estudiosas y algunas feministas culturales han hecho dos preguntas: 1) ¿cómo han sido históricamente las relaciones entre la teología, la Iglesia y las mujeres?, ¿la Iglesia las ha perjudicado, salvado o ambas cosas? Para las mujeres negras de los Estados Unidos, por ejemplo, la Iglesia podría ser una fuente de salvación política y religiosa. 2) ¿Cómo podríamos reconciliar la igualdad de género con un concepto de lo sagrado que le dé sentido al nacimiento, a la vida y a la muerte? ¿Con el sentido de algo que nos trasciende y que nos santifica? Si buscamos esa reconciliación, ¿lo haremos abandonando las religiones tradicionales e institucionales, rebasando sus límites? ¿Creeremos, por ejemplo, en diosas politeístas? ¿O asumiremos que la religión institucionalizada es capaz de redimirse? ¿Seremos "monoteístas radicales"?<sup>35</sup>

Las religiones están ejerciendo una gran presión en diversas sociedades y en las mujeres que viven en ellas. Papas, sacerdotes, predicadores y *mullahs* reclaman conformidad con sus interpretaciones de los textos sagrados. Por una multitud de motivos, a algunas mujeres la conformidad les resulta reconfortante. Al mismo tiempo, tanto los hombres como las mujeres están buscando una fuente de significado más allá de la historia, más allá de la cultura. Muchas son las personas que desean trascender lo profano. Estos dos esfuerzos –la presión de las religiones organizadas y la búsqueda de significado más allá de la historia– pueden reforzarse mutuamente. También pueden chocar, como lo hacen para muchas católicas ahora. Los estudios de mujeres, y no simplemente las teólogas, deben comprender y no seguir ignorando estos patrones contradictorios de refuerzo y colisión.

#### IV. OPOSICIÓN A LOS ESTUDIOS DE MUJERES

A pesar de la amplitud de tales interrogantes y de la escrupulosidad de nuestras respuestas, los estudios de mujeres siguen encontrando oposición. En los años setenta, las respuestas más comunes, más allá de la vulgar ignorancia, eran esas cansinas y cansadoras acusaciones de que los estudios de mujeres eran triviales, que eran una moda, que eran polémicos, que sólo las "bobas" hacían estudios de mujeres. Increíblemente, algunas de esas bobas han pasado a acopiar premios, como lo hizo Suzanne Lebsock, la historiadora, en 1985, cuando ganó el Premio Bancroft de Historia Norteamericana por su estudio de las habitantes de un pueblo

<sup>35</sup> Le debo esta frase a la profesora Cheryl Townsend Gilkes, así como sus comentarios sobre mujeres negras e Iglesia, en su charla acerca de "Women, Tradition and Religion", Third Annual New Jersey Research Conference on Women, Douglas College/Rutgers University, 21 de mayo de 1985; SCHUSSLER FIORENZA, Elizabeth, *Bread Not Stone. The Challenge of Feminist Biblical Interpretation*, Boston, MA, Beacon Press, 1984. Esta última Busca de manera inteligente una interpretación feminista de la Biblia.

de Virginia. El impacto más negativo de estas respuestas está quizás en las decisiones de permanencia definitiva en los cuerpos docentes universitarios.

En los años ochenta, a medida que los estudios de mujeres iban creciendo, algunas de estas acusaciones perdieron asidero y terreno. Pero otras formas de oposición se abalanzaron para sustituirlas. Irónicamente, en algunos lugares, los estudios de mujeres, alguna vez una moda, de pronto se volvieron algo *passé*. De personajes de cascos ligeros se volvieron, de la noche a la mañana, ancianas solteras. Ambas indumentarias vuelven a los estudios de mujeres consorte inapropiada para un patriarca académico.

Mucho más serio es que el desdén por los estudios de mujeres haya pasado a ser un rasgo del ataque más amplio a una putativa "cultura liberal". Los guerreros de este ejército visten diversas indumentarias intelectuales, hablan con variadas voces. Entre los más alborotadores y obvios están los conservadores sociales, a quienes los estudios de mujeres les parecen un horrible pozo séptico de tolerancia y de decadencia lesbiana.<sup>36</sup> Si bien los conservadores sociales han acosado a varios programas y actividades de estudios de mujeres, tienen menos respetabilidad académica que el grupo que ha logrado no sólo prominencia, sino también poder político desde 1980. A los miembros de este grupo los llamo pensadores neoconservadores (los NC).

A diferencia de los conservadores sociales, los NC aceptan el hecho de que las mujeres, incluso las esposas, puedan trabajar. Hasta pueden hacer trabajo intelectual. Pueden hasta llegar a publicar en revistas conservadoras tales como *Public Interest*, *Commentary* y *The New Criterion*. Sin embargo, los NC tienen por lo menos tres grandes discrepancias entrelazadas con los estudios de mujeres. Primero, los NC confían en el mercado mucho más de lo que suelen hacerlo aquéllas que trabajan en estudios de mujeres. Desconfían de cualquier intento de sacudir la mano invisible del mercado, un acto en su opinión peligrosamente deseado por las defensoras del valor comparado. En consecuencia, los NC no atribuyen la posición económica de las mujeres a prácticas discriminatorias, sino a una alianza entre fuerzas de mercado y las decisiones de las mujeres. Segundo, los NC sospechan de cualquier análisis que hable de "patriarcado", "hegemonía del macho", "dominación masculina" o "desigualdad de género". Medianamente indiferentes al poder de los hombres sobre las mujeres, los NC encuentran los estudios de mujeres sombríos y paranoicos con respecto a las relaciones sociales entre los sexos. Tercero, los NC piensan que la palabra "familia" sólo se aplica a aquellos bolsones de intimidad creados por la ley o la sangre. Los NC son mucho menos cordiales que los estudios de mujeres hacia otras formas de familia y de intimidad. Valoran inevitablemente las normas familiares burguesas y su construcción del rol materno. Los estudios de mujeres les parecen, en el mejor de los casos, insensibles a la "necesidad histórica" de "la familia" y son excesivamente sensibles a las "desviaciones".

<sup>36</sup> Un perfecto ejemplo es un académico que obtuvo títulos de la Universidad de Chicago y Yale antes de emigrar a Australia en 1971, Hiram P. Caton; véase su salvaje y pequeña polémica, *Feminism and the Family*, Queensland, Australia, Council for a Free Australia, 1985.



Los NC no se contentan con estar en desacuerdo. Sus enemigas intelectuales no son tanto antagonistas cuanto pecadoras. Una y otra vez, los NC declaran que los estudios de mujeres son una prueba adicional de una universidad corrupta que prefiere la ideología a la objetividad, la polémica al pensamiento puro. Peter Berger, el sociólogo, cuyo trabajo han utilizado a menudo los estudios de mujeres, regaña acusadoramente:

Hoy hay una (...) división en la sociología (...) hay ideólogos que ven a la sociología como una oportunidad para el proselitismo. Algunos son izquierdistas, otras feministas, pero sean lo que sean, piensan que tienen todas las respuestas antes de haber obtenido las preguntas (...) Me parece que la calidad del estudiantado que está ingresando a sociología hoy es más pobre que antes. Eso se debe sobre todo al empobrecimiento del mercado de trabajo, pero también pienso que en parte a los efectos de los y las propagandistas.<sup>37</sup>

Aunque se sonríe y niega tener puntos de vista políticos, ese elegante histérico que es Allan Bloom también considera los estudios de mujeres como síntoma de decadencia moral e intelectual. Los estudios de mujeres son una desmelenada tentadora de los débiles. Me temo que *The Closing of the American Mind* es un ejemplo de *histerotelia* bien hablada. Mi diccionario *Websters New Collegiate* dice que *histerotelia* es una "diferenciación relativamente retardada de una estructura de modo tal que exhibe una forma por lo general asociada con una fase anterior de desarrollo". Bloom es el *best seller* como regresión.

Esta oposición de conservadores sociales y de NC no es en sí misma inocente de intereses ideológicos. Se ha traducido materialmente en la falta de apoyo del gobierno federal a la investigación sobre las mujeres. De 1980 a 1983, el National Institute of Education redujo el subsidio directo a las investigaciones y a los proyectos de capacitación sobre mujeres y minorías de 3.400.000 dólares a 168.000. De 1981 a 1983, el National Endowment for the Humanities redujo su apoyo a proyectos sobre mujeres de 1.089.000 dólares a 876.000. En esos mismos años, la National Science Foundation redujo sus subsidios directos al tema de mujeres de 2.300.000 dólares a

37 BERGER, Peter, "Sociologists Examine an Issue That's Very Close To Home", en *New York Times*, 28 de abril de 1985, pág. 7. Véase también el siempre alarmado LEVIN, Michael, "Women's Studies, Ersatz Scholarship", en *New Perspectives*, verano, 1985, 17(3), págs. 7-10. Esta publicación es de la Comisión Norteamericana de Derechos Civiles. ELTON, G. R., "History According to Saint Joan", en *American Scholar*, otoño, 1985, págs. 549-555, está lleno de rencor. Para un curioso ejemplo de apoyo a los estudios de mujeres y del movimiento de mujeres que revela actitudes patriarcales, véase las reseñas de Lawrence Stone a dos libros sobre historia de las mujeres en el *New York Review of Books*, 21/04/1985, 32(6), págs. 2127; dos cartas aclarativas de Mary Prior y Joan SCOTT, en la edición del 30 de mayo de 1985 del *Review*, págs. 52-53 y las disculpas y explicaciones de Stone dirigidas especialmente a Scott (53). Mi ensayo "Nancy Reagan Wears a Hat", en *Critical Inquiry*, invierno, 1987, 14(2), págs. 223-243, reimpresso en una selección de ensayos míos, *Where the Meanings Are*, Nueva York-Londres, Methuen, 1988, tiene una explicación más detallada de los NC.

1.400.000. Estas pérdidas son relativamente minúsculas al lado de las de otros compromisos presupuestarios federales, trátense de cohetes, bandas militares o seguridad social. Pero como los estudios de mujeres nunca han tenido mucho dinero, hasta una pérdida pequeña tiene un impacto grande.<sup>38</sup>

En el próximo decenio los estudios de mujeres deben compensar estos reveses. Podemos, por ejemplo, acudir a los gobiernos estatales. Pero no podemos simplemente aceptar las bofetadas federales, poner la otra mejilla y organizar ventas de tortas. Una de nuestras tareas políticas es insistir en la responsabilidad del gobierno federal y nacional del bienestar de las mujeres y las criaturas y de los conocimientos sobre ambos.

Lo que complica esa tarea es la aparición de un grupo nuevo de especuladores sobre las mujeres. A los miembros de este grupo los llamo pensadores neoliberales (los NL). Con audacia pero con cuidado, se ubican en lo que esperan se convierta en el nuevo centro político. Como los NC, los NL se oponen a las políticas dominantes desde la Segunda Guerra Mundial. Para ellos el feminismo es un capítulo de esas políticas. Pero a diferencia de los NC, los NL no se limitan a oponerse al feminismo y a los estudios de mujeres. Sus respuestas son ambivalentes. De un lado, los NL se autodenominan feministas. Al asociarse con el movimiento, proclaman sus credenciales feministas. Pero, del otro lado, los NL desaprueban muchas cosas del movimiento en el que han pasado un tiempo.

En la actualidad, los NL tienen por lo menos dos estrategias para distanciarse. La primera es proclamar su pena porque el feminismo y los estudios de mujeres se han descarriado. Si las mujeres de color tenían que corregir un racismo obvio, los NL nombran ostentosamente una indiferencia mucho menos obvia frente a las mujeres comunes, especialmente las madres heterosexuales. No debería sorprendernos que la maternidad, el más "mujeril" de los roles de las mujeres, venga atrayendo desde los años setenta a fuerzas que en otros aspectos entrarían en conflicto; me refiero a los NC y a los NL. Si las mujeres de color quieren que el feminismo sea más progresista, los NL quieren que sea más "realista" con respecto a la vida diaria de la "mujer promedio".

<sup>38</sup> Véase Reporte de la Comisión sobre Nuevas Prioridades en el Presupuesto (Commission on New Funding Priorities), mayo 1985, del Consejo Nacional de Investigación sobre la Mujer, National Council for Research on Women, con sede en Hunter College, Nueva York. Los recortes financieros de los estudios de mujeres forman parte de cortes más amplios de presupuesto. El presupuesto norteamericano para el año fiscal 1987, cuyo total era de 994 millones de dólares estaba distribuido de la siguiente manera: defensa, 27,5%; salud, seguridad social y beneficios para veteranos, 45%; interés neto, 14,5%; asuntos internacionales, gobierno, administración de justicia y distribución de beneficios, 3%; ciencia, energía, recursos naturales, agricultura, 4%; comercio, transporte y desarrollo comercial, 3%; educación, servicios sociales, 3%. El último 3% incluye programas culturales, que posee el 0,5% del presupuesto total. Los estudios de mujeres atraen sobre todo dinero del sector privado: por ejemplo la Doris Stevens Foundation donó recientemente a Princeton University 1.250.000 dólares para establecer una cátedra de estudios de mujeres (*Princeton Weekly Bulletin*, 26/05/1986, pág. 1. Sin embargo, este caso es todavía la feliz excepción más que la regla bendita.

Esto significa comprender que la mujer promedio (esa ficción tan sólida) quiere pertenecer a una familia "convencional", aunque integre la fuerza de trabajo. La segunda estrategia consiste en ignorar buena parte de los logros efectivos del feminismo y de los estudios de mujeres. Buscando a la vez originalidad y la publicidad que se alimenta de la novedad, los NL borran las complejidades y los logros de los movimientos en los que participan a medias. Actúan como si hubieran sido los primeros en descubrir la idea de igualdad de salarios a igualdad de trabajo, la necesidad de políticas aceptables para guarderías infantiles o, ese viejo caballo de batalla, el tiempo flexible.<sup>39</sup> Mientras exigen realismo, los NL se basan sobre verdades a medias.

## V. CONCLUSIÓN

Es así que los estudios de mujeres confrontan a varias fuerzas, desordenadas pero vociferantes, que buscan desfigurar algunos de sus logros más enérgicos, que desean confinar y constreñir su futuro energizador. Sin embargo, los estudios de mujeres, como las mujeres en la educación superior, han demostrado tener talento para una paciencia salvaje, capacidad necesaria para la supervivencia y para el rejuvenecimiento intelectual y moral. No es necesario que nuestros enfrentamientos sean nuestros padecimientos. ¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres en los años noventa? Nada fácil, estoy nada menos que restableciendo el pensamiento y la política de finales del siglo XX.

<sup>39</sup> HEWLETT, Sylvia, *A Lesser Life: The Myth of Women's Liberation in America*, Nueva York, Morrow, 1986 (es un ejemplo de pensamiento neoliberal ambiguo. Le debo la frase "intelectuales neoliberales de la mujer" a Sara Lennox, quien la utilizó durante el seminario que llevé a cabo en la Universidad de Massachusetts/Amherst, noviembre de 1985).